

Los condenados

La historia del reino de los cielos y la tierra (y el infierno) está llena de engaños, pero para llevar a cabo la más grande de las mentiras, primero tuvo que haber alguien dispuesto a ser engañado.

Muchas son las injusticias que la divinidad sostuvo a lo largo del arco del tiempo, ninguna tan grande como sus formas de dominación, incuestionables, perfectas, personales.

Una de las grandes estratagemas que Dios utilizó para mantener Su Orden universal fue intervenir despiadadamente la vida de un joven judío que recibió atributos divinos, un humano destinado antes de su nacimiento a renunciar a toda su humanidad para aparentar que la vida sólo debía ser sufrimientos. Un huérfano de madre que fue abandonado por su padre en el momento crucial. Ese joven, destinado a morir en la cruz, no fue más que una pieza, como su mismo traidor, quien sufrió infinitamente más que el mismo Jesús. Las penurias del hijo de Dios se reducían a naderías en comparación a las del apóstol Judas Iscariote, porque una tarde soportando la cruz a cuestas era mucho menos terrible que la obligación divina de ser el hombre destinado a traicionar a todos los hombres, como sucedió en aquella tarde del año 33 de la falsa cronología.

Pero el verdadero traidor siempre fue Dios, quien engañó desde el principio a todos los hombres. La destrucción de Sodoma, Adma, Gomorra y Seboim, el Diluvio, las pestes, las enfermedades y demás calamidades sólo existían para mostrar lo que sucedía con quienes no respetaban su palabra, y para recordar al hombre la ilusión perversa del paraíso, imagen utópica forjada sólo para mostrar la naturaleza pecadora

del hombre y la consecuente frustración de jamás poder llegar a alcanzar las puertas del Edén.

Sin embargo hubo un ardid anterior a estos, infinitamente más injusto, eternamente más implacable, inimaginablemente más cruel. Hubo un ser (y fue el verdadero artífice involuntario de la monarquía eterna de Dios) que sufrió por culpa de El más que toda la humanidad, aunque no fuera humano.

Los hombres le han adjudicado muchos nombres, entre ellos Lucifer, tal vez su verdadero nombre permanezca oculto, pero ya no su historia.

Más que un humano, menos que un dios, fue el primer ángel que desafió el orden absoluto de Dios, el primer ilustre ser divino que no fue un servidor.

Aunque naciera con cadenas en sus manos, su corazón no tenía bríos de docilidad cobarde sino de impetuosa resistencia. Pero su pensamiento rebelde y toda su atrevida ideología ya estaban prefigurados por su falso antagonista, El, el que habita en los cielos.

Dios, que arde en sus propios dominios celestiales, no dudó en aparentar convertir a Lucifer en la otra mitad de la balanza por infame apariencia de simetría dual. Su plan divino consistía en fingir una batalla, en construir una farsa para la humanidad, en la que se supusieran dos competidores. Dios había fraguado esta mentira por necesidad, necesidad de liberarse de su única limitación.

A pesar de que el poder del Creador era inimaginablemente grandioso, no era absoluto. De hecho, el propio destino de Dios se encontraba atado a un atributo que el ser humano había recibido junto a su creación, y que Dios no había podido evitar, el libre albedrío. Crear una dualidad entre Dios y el Diablo era la única oportunidad del Todopoderoso de poder ser en verdad todopoderoso, porque la mejor forma de convencer a la voluntad misma del hombre de que Dios era el camino a seguir, era

persuadiéndola primero de que otro camino, el de Lucifer, era inaceptable. Todos los demás ardides eran insignificantes frente a éste.

Satanás se empeñó en convencer a los humanos de que sintieran su ser y así poder abandonar su condena de azufre, su arma fue el poder, fue la carne, fue la codicia, fue la libertad extrema, en una seductora palabra fue el *pecado*. Pero su máxima ambición para escapar, no era convencer al ser humano de que Dios le había quitado al hombre todo aquello que lo convertía en hombre, sino mostrarle a través de las tentaciones que las almas de los hombres no eran distintas de la suya, que podían compartir sentimientos y sensaciones con el espíritu de Lucifer, pero siempre había fallado. El que gobierna en los cielos sabía como evitar que los humanos, aun cuando más hundidos en el pecado estuvieran, jamás se vieran identificados con Lucifer, y jamás aceptarían que su alma de pecadores podía asemejarse a la del Diablo. La única posibilidad de escape del ángel oscuro era que el ser humano pudiera reflejar su espíritu en el suyo, que los hombres compartieran lo profundo del alma de Lucifer.

Los días de Lucifer como condenado pasaban lentamente, desde que pisó el infierno su intención fue una sola, abandonarlo, no por inminentes deseos de Apocalipsis, otra de las grandes mentiras que Juan plasmó en el último libro, sólo quería escapar para volver al reino de los cielos y la tierra, para poder tener la oportunidad que nunca tuvo de alcanzar la felicidad.

Lucifer (el que lleva la Luz) vivía en la penumbra infinita, otra de las crueles ironías con las cuales Dios se burlaba del condenado, pero vivir entre llamas sombrías era el menor de los males que este ángel sufría día a día. La soledad era muy dolorosa, los pecadores que llegaban a hacerle compañía no podían entenderlo, seguían creyendo que Lucifer era un ser perverso que por voluntad propia había desafiado al Señor.

Los milenios se sucedían fatalmente, las épocas cambiaban, con la llegada de cada ocaso la humanidad envejecía, pero Lucifer continuaba solo, con la misma expresión triste perpetuada en su rostro. Abandonado y traicionado por su creador, rechazado hasta el cansancio por el resto de los ángeles, temido y odiado por los hombres, y sin una mujer a su lado. Pocos pensaron en que el llamado Padre de la Lujuria jamás conoció el amor de una mujer. Sólo alguien lo entendió.

Muchos hablan del sacrificio (falaz) hecho por Dios de perder un hijo por la humanidad, pero El obligó a su hijo a morir, no como a Job, a quien quitó sus semillas por diversión, o como al mismo Lucifer, que ya había visto nacer, crecer y morir a quien portaba su sangre, a quien lo comprendía de verdad, a su único hijo.

El hijo de Lucifer nació en el año 406 de la falsa cronología, vivió entre el Báltico y el Danubio, y luchó embravecidamente por lo que creía justo, combatiendo con el alma y el corazón. El designio divino quiso que sea traicionado por una mujer (como Adán) y murió envenenado en 453 de la falsa cronología. Un hijo fiel y valiente, muerto por la inmaculada mano de Dios.

Pero de todos los pesares inimaginables que azotaban el alma de Lucifer, el más duro era haber nacido con el estigma de ser el revés de Dios, este eterno castigo era el que lo enloquecía, el que lo hacía azotar cada día y cada noche su cabeza contra los infinitos y espinosos corredores del Averno, solo, incomprendido, abandonado por la mano que lo creó. Porque los milenios pasarían y el seguiría pagando por las culpas que nunca tuvo, en un lugar donde las únicas luces son las oscuras llamas eternas. A veces deseaba morir, pero la divinidad le había quitado esa posibilidad también, la muerte no era una opción para el apresado ángel. Estaba sentenciado para siempre a ser el rival de Dios, Lucifer estaba condenado a sufrir su derrota como un mártir en vida, por los siglos de los siglos.

Epílogo:

Si referí la historia anterior sin contar que yo era el desafortunado protagonista fue para que ustedes, mis lectores, pudieran leerla sin prejuicios, y no condenarme ni tratarme de mentiroso desde el principio, como siempre se me trató. Al fin y al cabo siempre fui una víctima, que a lo largo de la historia intentó todo para mostrar que mi alma no se diferencia de la de ustedes. Agradezco a la literatura esta oportunidad de contar mi historia, agradezco la posibilidad de que hayan sentido esa compasión por mí que hoy abre las puertas de mi milenario encierro, agradezco que sus corazones misericordiosos hayan roto mis cadenas. Agradezco a ustedes, y les doy la bienvenida a mi oscuro reino, mis atentos lectores, mis liberadores, mis condenados.

666

Día 1, del año 1 de la Nueva Era